

Valery Larbaud

FRANCISCO CONTRERAS

LA muerte de Francisco Contreras enluta tanto las letras chilenas como las francesas, pues como poeta y novelista bilingüe pertenece a ambas. Las tres novelas que son el fruto de su madurez, tituladas: *La Ville Merveilleuse* (1924), *La Montagne Ensorcelée* (1928) y *La Valeé qui rêve* (1933) están escritas en francés y constituirán un verdadero monumento literario, chileno por su fondo y francés por su forma; y dentro de la historia de la literatura serán el símbolo de la fraternidad intelectual entre su país natal y el de su elección. Está ahí la parte principal y más bella de la herencia con que este autor ha enriquecido nuestra literatura.

No olvidemos, sin embargo, la importante labor que desarrolló durante más de veinte años como «intermediario» (para emplear el lenguaje de los *comparatistes*) entre las literaturas francesa e hispanoamericanas. Así, por sus Crónicas publicadas en el «*Mercure de France*», que pierde con él uno de sus más antiguos y fieles colaboradores, contribuyó más que ningún otro autor de nuestra época a difundir en Francia y en toda la Europa el conocimiento de la producción literaria de la América Española; mientras que por sus artículos y estudios publicados en los mejores periód-

dicos de la América Española dió a conocer a innumerables lectores hispanoamericanos la producción literaria francesa. Con este aspecto de su prodigiosa actividad como crítico sirvió generosamente a nuestras letras. A él también debemos agradecer que la mayoría de los autores franceses del período 1910-1930 hayan sido conocidos y apreciados por los hombres de letras del Nuevo Mundo, desde Méjico hasta Buenos Aires, desde Santiago de Chile hasta La Habana.

A menudo le rogué que seleccionara y publicara en francés algunas de aquellas Crónicas, tal como publicó entre nosotros los mejores de sus estudios sobre literatura hispanoamericana. Probablemente lo hubiese hecho redactándolas en francés y dándoles mayor extensión y precisión, pues era enormemente exigente consigo mismo y tenía el gusto por la erudición, cualidad que ampliamente revelan sus trabajos de hispanista. En efecto, se mostró favorable a la idea de hacer una publicación de esa índole, y creo que si hubiese vivido y comenzado la labor, nos habría obsequiado con una serie de estudios franceses, como ser: un Claudel, un Mauriac, un Duhamel. . . . estudios basados en sus artículos publicados en español en periódicos y revistas de la América.

En el dominio de la literatura española deja una obra admirable de crítica, escrita en castellano y probablemente es su obra maestra en esa lengua: su Rubén Darío. Es digna no sólo de servir de fuente única a futuros historiadores de la literatura sino también de modelo a todos los biógrafos. Conoció muy de cerca a Rubén Darío, y es conmovedor ver con qué delicadeza y qué fidelidad describe al gran poeta que fué su amigo. Como cristiano y católico, Francisco Contreras supo en esa obra quedar fiel a la palabra: No juzguéis. No omitió nada; es el hombre Rubén Darío con todas sus cualidades y sus debilidades objeto de un panegírico y de una labor inquisitoria. No obstante,

reinan en esta obra, atormentadora y consoladora a la vez, un espíritu de justicia y de caridad y una comprensión incomparables.

Antes de abandonar este tema que merecería mayor desarrollo y atención, pero que las circunstancias desgraciadamente me privan darle, séame permitido expresar el hondo sentimiento que me causa la pérdida de un amigo tan leal como bondadoso.

(Artículo publicado en *Les Nouvelles Littéraire.*)
